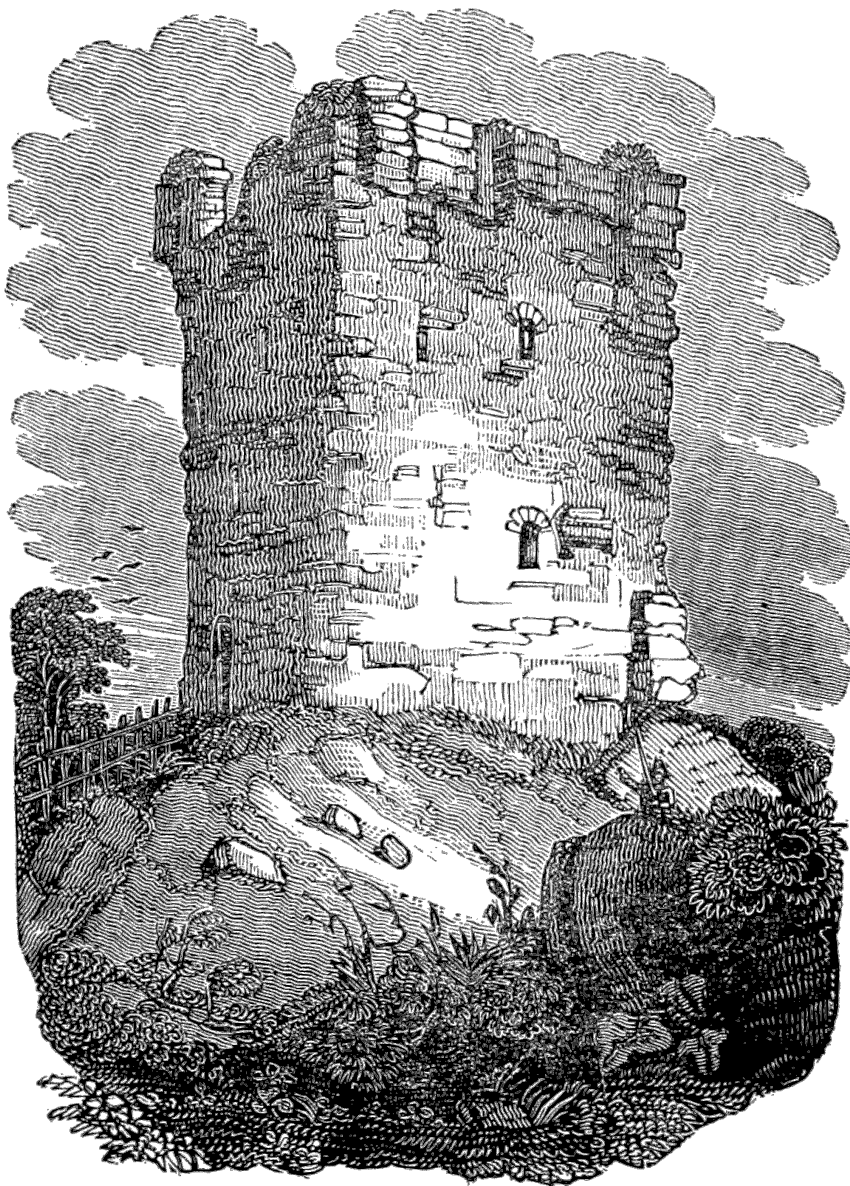


SEGURIDAD SIN JERARQUÍA



Este fanzine se basa en una serie de charlas con el mismo título dadas en espacios anarquistas en el verano del '23 en Estocolmo, Liubliana y St. Imier. Tras cada charla, el contenido del fanzine y de las futuras charlas mejoraron gracias a las discusiones con otras personas en los espacios y, más tarde, en los rincones y grietas de los lugares donde se realizaron los encuentros. Las palabras en estas páginas no son únicamente mías, porque el conocimiento no surge de la nada, sino que se sintetiza a partir de nuestras experiencias pasadas y nuestras interacciones con otras personas. Aprendemos juntxs, no solxs.

Traducción por Cicatriz del Chip

Las discusiones sobre la cultura de seguridad suelen centrarse en las maneras de mantener afuera a infiltradxs o evitar la vigilancia. Tenemos planes sobre cómo no ser grabadxs o dejar un rastro de evidencia cuando hacemos una acción, y tenemos nuestros rituales para mantener a lxs infiltradxs en la mira o para desenmascararlx cuando aparecen. En muchos casos, estas discusiones están menos arraigadas en las realidades materiales de la represión y más en el enfrentamiento de diferentes enfoques dogmáticos de la seguridad entre sí. Cuando la cultura de seguridad sí se discute de manera más amplia, suele girar en torno a la pregunta “¿estamos haciendo lo suficiente?”. Recurriendo a fanzines o realizando talleres, buscamos instrucciones sobre cómo tener “más seguridad”. Más seguridad, menos teléfonos. Más secreto, menos filtraciones. Hay una falta de reflexión sobre cómo la aplicación actual de la seguridad podría estar dañando a las personas o al movimiento en su conjunto. Junto con todas las maneras beneficiosas en las que aplicamos la cultura de seguridad, también existen aplicaciones patológicas. A veces esto ocurre por accidente, a través de muchas acciones bienintencionadas cuyo resultado suma hasta llevarnos a comportamientos indeseables. Otras veces, la cultura de seguridad es utilizada como un arma por las Criaturas Horribles¹ que habitan nuestras escenas y que no buscan abolir el poder sobre otrxs, sino más bien escalar en la jerarquía social para reclamar la posición más alta para sí mismxs. También debemos tener esto en cuenta al construir nuestras normas. Lo que sigue es una discusión crítica sobre las maneras en que aplicamos patológicamente la cultura de seguridad. La misma herramienta que está destinada a protegernos de daños externos puede convertirse en el instrumento de daño y interrupción en sí misma. Cuando no tenemos cuidado, podemos reforzar accidentalmente jerarquías existentes o incluso crear nuevas.

SOBRE LA CULTURA DE SEGURIDAD EN SÍ MISMA

¿De qué estamos hablando cuando decimos cultura de seguridad? Hay muchas maneras de definirla, y algunxs hacen un esfuerzo por enfatizar los elementos más positivos, pero por ahora es más útil pensar en *cómo* la gente realmente usa el término en lugar de *cómo* debería usarse. Una definición lo suficientemente amplia como para abarcar tanto las implementaciones beneficiosas como las patológicas es: la cultura de seguridad son las prácticas y normas que supuestamente protegen a un grupo de la represión o la perturbación (externa).

¹Una referencia a un ensayo del mismo título, que recomiendo de todo corazón.

En 2004, CrimethInc. publicó el todavía relevante texto *¿Qué es la Cultura de Seguridad?* La primera de sus tesis sobre la cultura de seguridad fue:

El principio central de toda cultura de seguridad, que no se puede enfatizar lo suficiente, es que las personas nunca deberían estar al tanto de ninguna información que no necesitan saber.

Independientemente de cómo fue intencionado o de qué tanto reflejaba las prácticas en los años anteriores, se ha convertido en una especie de edicto en los círculos anarquistas. Esta cita reaparece en textos anarquistas, en discusiones tanto en línea como fuera de línea, e incluso en memes que circulan. O quizás esta cita es popular porque lxs practicantes modernxs de la cultura de seguridad sienten que refleja su propio enfoque sobre el tema. En cualquier caso, la cultura de seguridad a menudo se percibe como *el control del flujo de información*.

Este enfoque tiene sentido porque frecuentemente intentamos evitar que información confidencial sea expuesta a enemigxs. Una manifestación espontánea requiere que la policía no esté al tanto de su existencia hasta que haya comenzado, si quiere ser exitosa. Las identidades de lxs individuxs que participaron en una acción directa deben permanecer ocultas indefinidamente.²

Sin embargo, siempre estamos lidiando con distintos grados de incertidumbre. Como no tenemos un conocimiento perfecto de quienes nos rodean, no podemos estar absolutamente segurxs de que es seguro contarles cualquier cosa. Alguien podría ser un oportunista y delatar a sus “compañerxs” en cuanto tenga la oportunidad de beneficiarse de ello. Una persona que hoy es 100 % sólida podría cambiar sus ideales. Pero además, no podemos estar segurxs de quién — incluyéndonos a nosotrxs mismxs — podría quebrarse bajo coerción, ya sea tortuosa o de otro tipo. O tampoco sabemos quién es unx infiltradx policial de manera encubierta. Y eso sin siquiera contar las maneras en que la información se filtra accidentalmente, ya sea a través de conversaciones grabadas en secreto o interceptaciones electrónicas. Cortamos preventivamente el flujo de información hacia afuera para que no surjan filtraciones más adelante. Pero nunca sabremos con certeza quién es “segurx” y quién es “insegurx”.

El control del flujo de información es un caso específico del fenómeno general de la cultura de seguridad utilizada para *controlar el acceso a recursos*. Tememos la inteligencia que podría obtener unx infiltradx, pero también tememos el daño que podría hacer un saboteador policial, un reventador que quiere descarrilar nuestros proyectos o un abusador que causa grandes daños y rompe nuestros espíritus. Podemos negar el acceso incluso a reuniones casuales o eventos sociales a personas

²O al menos hasta que transcurra el plazo de prescripción de cualquier actividad criminalizada.

que no cumplan con ciertos criterios de confianza o seguridad asumida. Podemos no permitir que colectivos desconocidos usen los espacios que controlamos y podemos negar la admisión a un colectivo o grupo de trabajo basado en que alguien sea demasiado “desconocidx”. Esta sospecha hacia infiltradxs o abusadores crea una cultura del miedo donde los grupos se cierran sobre sí mismos y mantienen a las personas a distancia.

El resultado de esto es un umbral de confianza cada vez más alto para participar incluso en la organización más básica. La cultura de seguridad en estos casos deja de tratarse de analizar qué información debe permanecer restringida o qué actividades podrían conducir a la represión, y en su lugar, esta desconfianza lleva a restringir toda la información, actividades y recursos.

SOBRE EL PODER

El anarquismo suele definirse en su sentido literal como estar sin, o en contra, de la jerarquía. Para mí, la raíz del anarquismo es aumentar la autonomía individual, y la oposición a la jerarquía es una consecuencia natural. Si queremos autonomía, lo que se interpone en nuestro camino es el *poder*, o más específicamente, el *poder sobre*. Los sistemas capitalistas tienen poder sobre ti porque te obligan a trabajar en empleos de mierda para sobrevivir. Tu arrendador tiene poder sobre ti porque la necesidad de pagar un alquiler arbitrario restringe las decisiones que podrías tomar. Una sociedad queerfóbica tiene poder sobre ti porque forzarse a permanecer en el clóset para participar en esa sociedad es una reducción de la autonomía.

La libre elección depende de la existencia de alternativas, y eso mismo depende de tener tanto conocimiento como acceso a recursos. La autonomía de una agricultora se incrementa al tener mayor conocimiento sobre el suelo, el clima, las técnicas agrícolas o incluso la nutrición, lo que podría influir en lo que se decide cultivar. La autonomía de una persona con diversidad funcional o discapacitadx se incrementa al tener acceso a tecnologías adaptativas, alternativas y sustitutos.

Poder restringir el acceso al conocimiento y a los recursos es poder, y al plantearlo de esta manera, se vuelve inmediatamente obvio que la cultura de seguridad está — en ciertos aspectos — en conflicto con la autonomía. Controlar el flujo de información para obstaculizar la recolección de inteligencia es, *en esencia*, ejercer poder sobre lxs compañerxs actuales y futurxs. Restringir el acceso a recursos — espacios físicos, equipamiento, uso de una plataforma — es, nuevamente, ejercer poder. Ambas cosas restringen la autonomía de otrxs, incluso si, en otros sentidos, la cultura de seguridad aumenta la autonomía de todxs al permitir la acción o prevenir el encarcelamiento.

El conocimiento nos da más opciones y, por lo tanto, más autonomía.

Esto no significa que debamos abandonar las prácticas de la cultura de seguridad para adherirnos a alguna definición estricta de aumento de la autonomía individual. Simplemente se trata de señalar que existe una tensión entre la creación prefigurativa de autonomía y la necesidad de protegernos de amenazas a nuestra capacidad de organizarnos. La cultura de seguridad, en parte, implica ejercer poder sobre otras personas, y necesitamos reconocer esto y hacer lo posible para minimizar sus efectos negativos y el alcance de su uso, o al menos, justificar cada caso en el que lo empleamos.

LAS PATOLOGIAS

Lo que sigue es una descripción de algunas de las formas generales en que la cultura de seguridad se aplica de manera patológica.

PATOLOGIA #1: REFORZAR LAS PREFERENCIAS DEL GRUPO INTERNO

La primera aplicación patológica de la cultura de seguridad ocurre cuando se usa para crear, fortalecer y justificar preferencias hacia quienes ya forman parte del grupo.

Hay una confusión que ocurre entre “seguridad” y “protección”, no solo en intención, sino también en el uso de las palabras. En inglés, hay una diferencia clara entre estos términos (*safety* y *security*). En alemán, en cambio, ambas palabras se traducen como *Sicherheit*. En este contexto, seguro (*secure*) significa estar en un estado de protección real, al menos respecto a los peligros originales. A salvo (*safe*) significa estar libre de cosas que generan una sensación de daño o perjuicio (percibido o real), aunque a veces se usa para referirse a estar libre de incomodidad psicológica o emocional. Esta confusión de términos lleva a acusaciones de inseguridad genuina basadas en una sensación percibida de estar en peligro.

Las personas nuevas no son consideradas confiables porque son desconocidas. A veces son un poco diferentes y no pasan la prueba del “ambiente” (*vibe check*). Tal vez esto se deba a que son socialmente torpes, neurodivergentes, provienen de un contexto cultural diferente o simplemente están teniendo un mal día. Las personas nuevas que no comparten nuestros rasgos subculturales o no siguen nuestras normas subculturales son vistas con más escepticismo — como si su ropa no fuera lo

suficientemente *punk* o si sus intereses y pasatiempos no fueran los mismos que los nuestros. A veces, la cultura de seguridad misma se usa como una prueba de acceso (*shibboleth*),³ y si alguien hace la pregunta equivocada por simple curiosidad, pierde estatus social o incluso es avergonzado públicamente. La cultura de seguridad se usa menos como una herramienta para aumentar la seguridad real y más como una señal de pertenencia al grupo.

Las personas construyen confianza en función de la frecuencia y la familiaridad. Sí, las conversaciones necesarias para descubrir afinidades políticas compartidas son importantes, pero a menudo basta con que alguien haya asistido a una cantidad “suficiente” de eventos para establecer cierta “credibilidad”. Sin embargo, distintos caminos de vida o incluso situaciones de opresión capacitista pueden hacer que la regularidad sea un desafío. Este método de generar confianza, en lugar de algo como verificaciones de antecedentes explícitas, favorece a quienes son parte de la subcultura anarquista estereotípica sobre quienes pueden ser políticamente anarquistas, pero llevan un estilo de vida diferente. En general, esto crea una barrera entre quienes ya están conectadx con “la escena” y quienes no. Quienes tienen conexiones acceden más fácilmente a espacios, recursos y apoyo. Quienes no... simplemente no.

La asociación voluntaria es un principio fundamental del anarquismo. Si alguien genuinamente no quiere asociarse con otra persona, está en su derecho de crear esa separación. Sin embargo, sabemos que vivimos en un mundo de mierda con sexismo, racismo y otros sistemas de opresión, por lo que debemos examinar constantemente nuestras preferencias para ver si estamos reproduciendo algún sesgo tan internalizado que ya no lo notamos. Además, no toleramos la creación de enclaves segregados racialmente; es decir, hay formas de inclusión/exclusión que consideramos lo suficientemente dañinas como para combatirlas. Debemos estar atentxs a quién recibe los escasos privilegios que nuestro movimiento puede ofrecer. Con demasiada frecuencia, solo nos conectamos con personas que ya son “como nosotrxs” y usamos el conocimiento previo sobre cultura de seguridad como uno de los filtros. Aquellxs que no cumplen con ese criterio son excluidxs del acceso a información o recursos valiosos.

³Un *shibboleth* es cualquier costumbre o tradición, generalmente una forma de expresarse o incluso una palabra específica, que sirve para distinguir a un grupo de personas de otro.

PATOLOGIA #2: FACILITAR EL ABUSO

De manera similar al refuerzo de preferencias del grupo interno, la cultura de seguridad puede utilizarse para proteger abusadores. Esto sucede a menudo cuando alguien dentro del grupo es señalado por conductas problemáticas, especialmente en casos graves de abuso o violencia sexual. La persona que acusa puede ser tachada de infiltrada⁴ o sabotadora, que está fabricando las acusaciones únicamente para desestabilizar el grupo. La cultura de seguridad se distorsiona, pasando de ser un análisis de condiciones y acciones a convertirse en una reacción automática contra cualquier cosa que altere la estabilidad del grupo. Se invierte la lógica: en lugar de reconocer que lxs infiltradxs generan disrupción, se asume que *cualquier cosa* que cause disrupción debe ser unx infiltradx. La estabilidad y longevidad del grupo — y a menudo la de sus miembrxs más “prestigiosxs” — son protegidas por encima de la persona que denuncia. Esto generalmente beneficia a quienes ya gozan de privilegios y tiende a favorecer, por ejemplo, a los hombres cis blancos.

El acusado y sus defensorxs afirman que la acusación es en sí misma un daño porque es falsa, y es fácil para ellxs señalar la certeza del daño que el acusado dice estar sufriendo. Antes de que se hiciera la denuncia, el grupo parecía estable. El acusado se *siente* atacado, y ahora el grupo debe desviar su atención de sus tareas principales para lidiar con la acusación, lo que se convierte en una “disrupción”. Esto se señala como “obviamente dañino y disruptivo”, y por lo tanto, la denuncia debe ser probada con mayor rigor. Se nombra la disrupción como si fuera realmente culpa de la persona denunciante, y si está causando problemas, ¿no será que en realidad es ella quien no es segura? Así que la expulsan y la difaman.⁵ O, como dice Sara Ahmed en *¿Quejarse es ser una feminista carcelaria?*: “Localizar un problema es ubicarse en el lugar del problema”.

La facilitación del abuso va más allá de la protección explícita del abusador. A menudo, se reproduce de manera involuntaria en el entorno más amplio. Como anarquistas, no solo nos negamos a cooperar con la policía; también somos conscientes de que nuestras acciones no deben facilitar su labor. Esto genera una presión inter-

⁴N. del E.: En el texto original se utiliza *infiltrator*, término que en inglés puede referirse tanto a una persona que se infiltra deliberadamente para sabotear un grupo, como también a una figura simbólica atribuida a cualquier persona percibida como disruptiva. En castellano optamos por «infiltradx» y no «infiltradorx» por su uso más común en entornos políticos, aunque reconocemos que el término puede adquirir connotaciones más amplias o ambiguas según el contexto.

⁵Para una discusión más extensa sobre todo esto, véase el fanzine *Betrayal: A Critical Analysis of Rape Culture in Anarchist Subcultures*.

na para no hacer públicas las acciones de un abusador. Puede retrasar una denuncia o restringir lo que se dice en ella para dificultar la identificación del individuo. No queremos que la policía conozca las fisuras dentro de nuestro movimiento, y si no queremos proporcionar evidencia que podría exponer a un “compañero” ante la policía o lxs fascistas, entonces decimos menos. Para sortear este problema, se usan redes de susurros y listas negras mantenidas como semiprivadas en lugar de publicaciones públicas o carteles pegados en la calle. Pero estos métodos benefician a quienes ya están dentro del círculo. Las personas nuevas en la escena están en una situación mucho más vulnerable. Incluso realizar una denuncia vaga o recurrir a redes de susurros puede ser considerado una violación de la cultura de seguridad porque implica exponer información “privada” a quienes no estaban “autorizadx” para verla. En el extremo más radical, activistas contra el abuso pueden llegar a retener información crítica sobre un abusador violento porque divulgarla sería considerado “doxxeo”.⁶

En estos casos, incluso compañerxs bien intencionadxs pueden priorizar la seguridad del abusador por encima de otrxs compañerxs o de posibles futuras víctimas. Se ignora el hecho de que el riesgo de que el abusador vuelva a hacer daño es mucho mayor que el riesgo de que el Estado responda a la publicación de esa información. Además, alguien que ha causado daño intencionalmente ha perdido su derecho a una protección ilimitada. Ellos son el peligro del que necesitamos protección.

PATOLOGIA #3: BUSQUEDA DE ESTATUS

Si bien un ideal del anarquismo — especialmente entre anarcafeministas — es que todas las formas de trabajo dentro del movimiento deben valorarse, en la práctica existe una jerarquía en la que quienes participan en acciones directas violentas son más respetadxs que quienes no lo hacen. Esto se debe en parte a la idea de que quienes asumen mayores riesgos son más “dedicadx” a “la causa” o mejores aliadxs y cómplices. En cierto modo, esto es cierto, pues lo contrario también lo es: quienes no están dispuestxs a exponerse a ningún riesgo tienden a ser compañerxs poco fiables.⁷ Como resultado, se otorga capital social a quienes participan en acciones directas o asumen riesgos, sin importar si son decisiones sensatas. Así, terminamos estableciendo una relación de causalidad entre dedicación, asumir riesgos y la necesidad de seguridad mucho más fuerte de lo que realmente es.

⁶ N. del E.: Generación no consentida de publicaciones con información personal identificatoria, usualmente con riesgo de acoso o represalias.

⁷ El riesgo depende de la situación personal y del contexto local. Publicar sobre ser antifascista podría ser más arriesgado para algunxs que confrontar directamente a lxs fascistas para otrxs.

Una de las bases de la cultura de seguridad son Las Dos Prohibiciones:⁸

Nunca hables sobre tu participación o la de otrxs en actividades que puedan ser criminalizadas. Nunca hables sobre el interés de otra persona en actividades criminalizadas.

Esto significa que no deberíamos — o al menos no deberíamos poder — saber quiénes están supuestamente haciendo todas estas cosas “geniales”. Como la gente sabe que no debe señalarse explícitamente como autora de tales actos, buscamos indicios. Buscamos a quienes hacen una demostración exagerada de su cultura de seguridad a través de una forma de alarde indirecto.

El alarde indirecto ocurre cuando alguien no dice explícitamente que participa en actividades criminalizadas, pero hace todo lo posible para que lxs demás asuman que sí. Tras una gran acción, la mayoría dirá que asistió, ya que es lo que se espera de cualquier radical en la escena. Sin embargo, quienes buscan estatus harán todo un espectáculo de cómo no pueden hablar sobre si estuvieron allí o no (en lugar de simplemente decir “no, me quedé en casa”). Más en general, pueden dramatizar su secretismo afirmando que nunca pueden hablar sobre en qué tipo de organización están involucradxs o dónde estuvieron el fin de semana pasado. La gente lxs admira por su teatralidad y les otorga el estatus que tanto buscan. Como no sabemos realmente quién lleva a cabo estas acciones, terminamos celebrando a quienes sugieren que fueron ellxs.

Este comportamiento se alimenta de la supremacía que la acción directa violenta tiene dentro de los espacios anarquistas. Refuerza una jerarquía en la que algunxs — independientemente de si realmente participan en acciones directas — pueden elevarse por encima de lxs demás. Puede formarse una élite social que se envuelve en una cultura de seguridad agresiva.

PATOLOGIA #4: BLOQUEO EN EL ACCESO A RECURSOS

En contextos de represión extrema, las estructuras en células se vuelven necesarias para la protección de anarquistas y otrxs activistas. Sin embargo, en muchas ocasiones, estas estructuras no son necesarias, y aun así se aplica a la organización cotidiana dentro de “democracias liberales” relativamente permisivas.

⁸Este término, y las prohibiciones en sí, están tomados directamente del zine *Confidence Courage Connection Trust: A proposal for security culture*.

Parte de la cultura de seguridad implica que cada quien debe poder elegir su nivel de riesgo y consentir qué información se comparte sobre su persona. Esto incluye detalles como un número de teléfono o correo electrónico. Por ello, es una norma sana no compartir la información de otra persona sin su consentimiento explícito.

El problema surge cuando alguien se convierte en el filtro exclusivo de comunicación entre distintos colectivos o círculos sociales. Esto le permite mediar todas las interacciones e incluso bloquear el acceso entre colectivos antes de que esas interacciones ocurran. Así, la persona que actúa como filtro se convierte en el centro de todas las relaciones y garantiza que siempre será incluida en futuras iniciativas organizativas porque ha hecho que su presencia sea indispensable. Esto puede influir en la decisión de expulsarla de un colectivo o no. Al evitar volverse prescindible, refuerza su importancia y afirma que no puede ser reemplazada sin compartir información privada, lo que violaría la cultura de seguridad establecida.

En algunos casos, este comportamiento no está impulsado por una búsqueda de poder, sino por el miedo a ser desplazadx. La ansiedad es omnipresente en nuestros espacios, y la precariedad económica, junto con la dureza de las sanciones sociales por errores menores, agravan el temor al rechazo y al abandono.⁹ Algunas personas se colocan en roles críticos para generar una sensación de seguridad: si son indispensables, el grupo no puede deshacerse de ellxs.

Otra forma en la que se bloquea el acceso a recursos es como efecto secundario de hacer que una escena sea opaca e ilegible para el Estado. No se publican abiertamente los detalles de eventos y se protege con extremo celo la información sobre actividades que no están bajo una represión severa. Sin embargo, lo que hace que una escena sea ilegible para el Estado también la vuelve inaccesible para quienes quisiéramos que se nos unan.

Este tipo de exclusión está estrechamente relacionado con la preferencia por grupos internos, pero funciona de manera distinta. La exclusión explícita por preferencia grupal se basa en evaluar a una persona cuando llega y luego negarle el acceso. En cambio, la opacidad y la falta de información funcionan como un filtro implícito porque disuaden a quienes no están lo suficientemente conectadxs con la escena como para recibir la información de manera directa.

⁹La ansiedad generalizada, especialmente en la organización, se analiza en el zine *Todxs estamos muy ansiosxs: Seis tesis sobre la ansiedad*, escrito por The Institute for Precarious Consciousness y CrimethInc.

PATOLOGIA #5: EL CONOCIMIENTO ESOTERICO COMO PODER

La represión está envuelta en una falta de información, y quienes pueden “ver” lo que el Estado (u otros agentes) están haciendo poseen un conocimiento esotérico que el resto de nosotrxs no. A veces, este conocimiento no es fácilmente compartible de manera directa, ya que puede requerir una experiencia significativa o conocimientos especializados, aunque algunxs intentan difundirlo lo mejor posible. Uno de los tipos de represión más “invisibles” es el de la tecnología de la información. No podemos “ver” nuestros mensajes viajando por internet, ni podemos “saber” que están cifrados. Tampoco podemos “ver” cuando nos han hackeado o qué datos está recopilando el Estado sobre nosotrxs de la misma manera en que podemos ver policía patrullando las calles o derribando puertas durante allanamientos. En parte debido a su naturaleza esotérica, y en parte debido a las reglas estrictas bajo las que operan los sistemas de información, tiende a haber mandatos más rígidos sobre seguridad digital en comparación con los aspectos sociales de la cultura de seguridad.¹⁰

En muchos casos, puede surgir algún tipo de élite de técnicxs dentro de los círculos anarquistas. Estas personas imponen exigencias sobre seguridad y avergüenzan a quienes no pueden o no quieren seguir sus reglas. Debido a la supuesta infalibilidad de la seguridad informática y al hecho de que estxs especialistas poseen conocimiento sobre estos sistemas, a menudo utilizan esto para elevarse por sobre otrxs. A veces de forma implícita, pero en ocasiones de manera explícita, se plantea que solo quienes realmente saben de seguridad deberían ser líderes, organizadorxs o quienes toman las decisiones principales. En lugar de que la seguridad sea un esfuerzo colaborativo entre iguales con diferentes experiencias y áreas de conocimiento, lxs técnicxs afirman su autoridad sobre lxs demás.

Esto no se limita únicamente a lxs técnicxs, sino que también puede surgir de cualquier persona que promueva la seguridad de manera tajante. Hay cierto misticismo y ritual en la seguridad, y quienes mejor lo han memorizado y más insisten en su implementación pueden terminar colocándose a sí mismxs en una posición de liderazgo. Esto también se extiende no solo a la seguridad efectiva, sino a la seguridad tal como es percibida. Existe un fenómeno bien documentado en el que quienes tienen las posturas más conservadoras sobre un tema terminan moldeando el discurso, esto se puede ver en debates sobre si la presencia de expresiones kink en las marchas del

¹⁰Otra cuestión totalmente distinta es si esas normas estrictas son necesarias o eficaces.

Orgullo constituye una violación al consentimiento.¹¹ La persona que exige mayores estándares de seguridad puede utilizar bloqueos en los consensos para asegurarse de que sus necesidades sean satisfechas y de que el grupo se adhiera a sus normas. En lugar de ser un esfuerzo colaborativo entre todxs para aumentar la seguridad colectiva, la acción del grupo gira en torno a la persona autoproclamada experta. Incluso cuando tienen las mejores intenciones o cuando tienen razón, quien insiste en los niveles de seguridad más altos puede terminar dominando al grupo simplemente imponiendo estándares inalcanzables para otrxs.

Este tipo de dominación a través del conocimiento experto también podría ocurrir con otras formas de medidas antirrepresivas, como la contravigilancia o la asistencia legal, pero hasta ahora no lo he visto, y parece ser algo particular de la manera en que lxs técnicxs y entusiastas de la seguridad interactúan con la cultura de seguridad.¹²

LAS PROPUESTAS

La forma más fácil de intentar aplicar la cultura de seguridad es basarla en el control del acceso a los recursos. Un "no.º absoluto es una respuesta simple, y una vez que un grupo pequeño se establece, mantener una dinámica cerrada es el camino de menor resistencia. Brinda una gran sensación de seguridad e incluso de importancia, bajo la suposición de que las prácticas estrictas de seguridad hacen que unx sea relevante. Pero quizás haya formas de romper el ciclo y encontrar un camino colaborativo para construir una cultura de seguridad más inclusiva.

PROPUESTA #I: ABRAZAR LA INCOMODIDAD

No existe un anarquismo único, ni una utopía donde jamás experimentemos angustia o incomodidad. Siempre estaremos expuestxs a otrxs con ideas, normas y prácticas culturales diferentes. Nunca será posible crear un grupo en el que todxs estén cómodxs en todo momento, y esto incluye a personas que podrían ser aliadxs pero que

¹¹ N. del E.: En inglés, esta formulación es más flexible, pero en castellano suena un poco extraña y confusa, dificultando su traducción. El debate al que hace referencia es sobre si la presencia de expresiones *kink* (como fetiches visibles, vestimenta de cuero, sumisión/dominación, etc.) en marchas del Orgullo puede ser considerada una violación del consentimiento porque hay personas (niñxs, familias o gente no interesada) que lo ven sin haber dado su consentimiento.

¹² Dicho esto, la seguridad física tiene la patología de degenerar en actitud policial (*cop shit*) y microcaudillismos (*micro-warlordism*), pero yo (de manera algo arbitraria) hago una distinción entre la cultura de seguridad y la seguridad física, aunque estén bastante relacionadas

aún no han aprendido — ¡y actualizado constantemente! — el vocabulario en constante cambio que busca reducir daños. Puede haber espacios donde este enfoque sea necesario, como en grupos de apoyo a personas con trauma, pero no debería ser el método predeterminado en toda organización.

Deberíamos evitar etiquetar a alguien como insegurx o peligrosx solo porque tenemos desacuerdos completamente sanos con esa persona o porque comete errores mientras aprende. Aislar a las personas por diferencias percibidas o incluso anticipadas puede llamarse seguridad, pero muchas veces es simplemente exclusión en nombre de la homogeneidad. Algunas personas contrastan el enfoque de crear espacios valientes (aquellos que reconocen que existirán conflictos y se comprometen a trabajarlos) con el de crear espacios seguros (aquellos que buscan minimizar la incomodidad). El objetivo final puede ser bastante similar, pero el cambio en el marco de referencia puede alterar drásticamente las normas y dinámicas del grupo.

PROPUESTA #2: EVALUAR CRITICAMENTE EL RIESGO

No toda organización anarquista enfrenta la misma amenaza. Esto es algo evidente, y no significa que debamos abandonar la seguridad o actuar de manera descuidada en todo lo que no implique actividades de alto riesgo. Pero cuando aplicamos en exceso la cultura de seguridad a espacios de organización más informales, obstaculizamos la creación de nuevas conexiones. Esto puede suceder volviendo inaccesible una escena para lxs recién llegadxs al enfatizar demasiado los rituales de la cultura de seguridad o al no compartir información básica por paranoia sobre dónde podría terminar. Como resultado, impedimos que personas dentro de nuestra escena accedan a recursos, información o amplíen su red social.

Los movimientos sociales sobreviven a la represión construyendo redes sólidas. Que una red sea sólida significa que, si se cortan algunos de sus lazos, no colapsa y que existe redundancia en las conexiones para acceder a recursos o brindar solidaridad. Si bien es incuestionable que se necesita cierta precaución, cuando basamos nuestra seguridad principalmente en el miedo, terminamos dañando nuestras redes y a nosotrxs mismxs. Nuestra precaución debería ajustarse en función del nivel de criminalización que enfrentan — o enfrentarán en un futuro cercano — nuestras actividades. Esto implica desarrollar una comprensión precisa de la represión a la que estamos expuestxs y asegurarnos de que nuestras prácticas de seguridad apunten específicamente a las acciones del Estado.

PROPUESTA #3: TENER DISCUSIONES INTENCIONALES SOBRE LA CULTURA DE SEGURIDAD

Dentro de nuestros grupos, las discusiones sobre cultura de seguridad suelen limitarse a debatir si la aplicación de una regla específica está justificada o no. Evitamos abordar puntos más complejos, como refinar prácticas o modificar comportamientos. Mucha gente tiene opiniones muy firmes sobre seguridad, y tratar de cambiar las prácticas a menudo provoca que estxs compañerxs se atrincheren en sus posturas y rechacen cualquier cambio que pueda interpretarse como una flexibilización de la seguridad. Insisten en perpetuar prácticas que generan una sensación de seguridad, y quienes buscan modificar una práctica suelen estar menos comprometidxs con el cambio que quienes quieren mantenerla. Forzar el debate — cuando llegamos a hacerlo — puede generar divisiones dentro de los grupos y, en nombre de la coherencia y la unidad, terminamos evitando estas conversaciones.

La propuesta es que *deberíamos* forzar estos debates. Evitar estas discusiones y permitir que las prácticas patológicas de seguridad se propaguen, perjudica al movimiento. Si te organizas de manera informal, habla de esto con tus compañerxs la próxima vez que se reúnan. Si tienes reuniones formales, inclúyelo en la agenda. Si estas conversaciones no pueden o no quieren suceder, es probable que estés en un proyecto con jerarquías informales muy marcadas y que quizá te convenga más dejarlo para empezar uno propio.

Como se mencionó antes, para muchxs, la búsqueda de seguridad es una respuesta al trauma, y trabajar en ese trauma puede llevar a una cultura de seguridad más saludable. No hay sustituto para la terapia — sea profesional o autogestionada — pero las amenazas de represión pueden desmitificarse si tenemos discusiones intencionales sobre seguridad. Esto va de la mano con evaluar críticamente los riesgos. En lugar de vivir bajo la sombra difusa del Estado acechando cada una de nuestras acciones, podemos identificar qué amenazas enfrentamos y qué podemos hacer juntxs para generar una seguridad genuina para todxs.

Además, estas discusiones tienen un valor educativo en un sentido más amplio. Nos permiten desafiar la autoridad de lxs técnicxs y entusiastas de la seguridad dentro de un grupo, fomentando un conocimiento compartido que nos permita tomar decisiones de manera colectiva en lugar de depender de la palabra de una sola persona.

PROPUESTA #4: SEÑALAR EL PROTECCIONISMO

Como parte de las discusiones intencionales, pero también cada vez que ocurra, necesitamos señalar las formas en que la cultura de seguridad se convierte en proteccionismo. Esto suele ser difícil cuando ya existe una cultura de exclusión que refuerza las preferencias dentro del grupo. Enfrentar el proteccionismo en nombre de la cultura de seguridad comienza con transformar las relaciones sociales subyacentes que la cultura de seguridad patológica utiliza como justificación. Cambiar una cultura no es tarea fácil, pero sí es algo que todos podemos empezar a hacer abriéndonos más en la manera en que nos organizamos en términos generales.

Cuando una práctica de seguridad comienza a inclinarse hacia el proteccionismo o la preferencia grupal por sobre la seguridad genuina, necesitamos hacer una pausa y reflexionar sobre ello. Por lo general, son necesarias intervenciones específicas e intencionales. Algunos ejemplos de estas pueden ser invitar deliberadamente a otros a compartir un espacio u organizar eventos cuyo propósito sea facilitar la construcción de nuevas conexiones sociales.

PROPUESTA #5: IR MÁS ALLA DE “NOSOTRXS Y ELLXS”

Relacionada con la evaluación crítica del riesgo, y quizás la más práctica e importante de todas, está la necesidad de superar la idea de que existe un claro “nosotrxs” y “ellxs”. Esta falsa dicotomía suele implicar trazar una línea en la que se asume que quienes están de un lado son más seguras y confiables, mientras que quienes están del otro lado lo son menos. Este es un criterio problemático. Por supuesto, no todos tienen líneas tan estrictas. Dentro de la esfera de “nosotrxs” y “ellxs”, hay distintos niveles de confianza y seguridad asumida, pero en términos generales, se tiende a sobrestimar o subestimar la confianza dependiendo de en qué lado de la línea cae alguien. Una forma de entender este tipo de pensamiento es imaginar la confianza como un huevo: hay una cáscara dura que mantiene fuera las amenazas, pero una vez que algo entra, puede revolver todo fácilmente desde adentro.

Un marco más útil para pensar la seguridad es imaginar círculos concéntricos y superpuestos. Los círculos más grandes, que incluyen a más personas, sirven para organizar eventos masivos como manifestaciones, sindicatos en el lugar de trabajo o incluso actividades como charlas informativas o proyecciones de cine. Estas actividades son de bajo riesgo, por lo que no requieren normas de seguridad estrictas.

Estos círculos grandes pueden superponerse entre sí; por ejemplo, quienes asisten a lecturas de libros también pueden participar en ollas comunitarias. A medida que se avanza hacia actividades más reprimidas, los círculos se hacen más pequeños. Esto se debe a que generar confianza lleva tiempo, lo que naturalmente limita la cantidad de personas que pueden estar involucradas. Mientras que los círculos más grandes suelen solaparse con otros círculos grandes, los círculos más pequeños, debido a su necesidad de mayor seguridad, pueden optar por *no* superponerse (aunque a veces lo harán).

Es importante que los círculos más pequeños estén insertos dentro de los círculos más grandes, no aislados de ellos. Esta integración es fundamental porque permite gestionar el flujo entre círculos mayores y menores, pasando de espacios de menor confianza a otros de mayor confianza. Profundizar relaciones nos permite profundizar confianza, y esta confianza es un requisito necesario para llevar adelante acciones radicales. Los grupos de afinidad aislados que no estén integrados en un entorno más amplio eventualmente desaparecerán y, si no incorporan nuevxs compañerxs, no se reproducirán. Esto es un callejón sin salida para el anarquismo.

En lugar de restringir el flujo de información y conexión, debemos fomentar la superposición entre círculos. Queremos facilitar la conexión. Esto no significa renunciar al control, sino guiar el crecimiento. Queremos que lxs compañerxs se involucren mutuamente y desarrollen conexiones tanto profundas como amplias.

Una nota sobre este método: en ciudades pequeñas con una escena limitada, y especialmente en la organización en pueblos, puede que simplemente no haya suficiente movimiento para que esta estrategia funcione. La falta de anonimato que ofrece una gran ciudad significa que todxs saben un poco qué hace cada quien, y dos insurrectxs que proponen la conflictualidad como estrategia pueden ser “identificadxs” por todxs como quienes llevaron a cabo una acción directa simplemente porque son lxs únicxs que podrían haberlo hecho. Lamentablemente, no puedo ofrecer consejos significativos sobre cómo modelar este tipo de seguridad, ya que no tengo suficiente experiencia en esos contextos. Quizás, entonces, dejo esto como un ejercicio para quien lee.

PALABRAS FINALES

La cultura de seguridad es una necesidad para la organización, pero si no tenemos cuidado, podemos terminar creando jerarquías. Esto suele ocurrir al tratar de controlar el flujo de información o el acceso a recursos, pero también puede surgir de reforzar preferencias de grupo, proteger la coherencia de una organización o rechazar a

quienes podrían desafiar estructuras de poder informales. Como muchos métodos anarquistas, la cultura de seguridad puede aplicarse de manera patológica, malinterpretarse o pervertirse hasta servir fines autoritarios y malintencionados. Esto no es un argumento en contra de la cultura de seguridad, sino un reconocimiento de las formas en que terminamos ejerciendo poder — aunque sea un poco, aunque sea con nobleza — para protegernos. El poder y la jerarquía nunca podrán ser completamente abolidos, y tendremos que luchar contra ellos constantemente, sin importar cuán utópico sea el mundo que construyamos. Tal vez este texto no debería haberse llamado *Seguridad sin jerarquía*, sino *Seguridad con conciencia de jerarquía*, aunque no tiene el mismo impacto.

Ahora, ¿a dónde vamos desde aquí?

Vamos a seguir teniendo cultura de seguridad, pero si esta es predominantemente beneficiosa o patológica depende de cómo la abordemos. Si nos esforzamos intencionalmente en construir relaciones abiertas y de apoyo mutuo, podríamos terminar con una cultura de seguridad más saludable que contribuya a fortalecer nuestra escena. Si nos aferramos a la tradición o no logramos enfrentar a quienes usan la seguridad como un arma, nuestra forma de organizarnos podría ser anarquista solo en nombre. No hay un enfoque que garantice resultados positivos, y no puedo pretender que existan soluciones universales o siquiera que estas propuestas funcionen en todos lados. Lo único que sé es que he experimentado dinámicas dañinas impulsadas por la seguridad o, al menos, justificadas en su nombre. Tal vez, al nombrarlas y describir cómo operan, podamos encontrar juntxs formas de contrarrestarlas y construir conexiones nuevas y sólidas que nos sirvan en la lucha para poner fin a la coerción.

LECTURAS ADICIONALES

Si reconociste algunas de estas dinámicas y querés entenderlas mejor o encontrar formas de abordarlas, hay algunos textos que pueden serte útiles. *Confidence, Courage, Connection, Trust: a proposal for security culture*, de unx compañerx anónimx, es probablemente el texto contemporáneo más útil sobre cultura de seguridad y describe enfoques para abordarla de manera positiva en lugar de negativa. *Stop Huntin' Sheep: A Guide to Creating Safer Networks*, de Sirens of a Violent Storm, ofrece consejos prácticos sobre cómo lidiar con infiltradxs sin caer en el uso de la seguridad contra nosotrxs mismxs. *Secrets and Lies*, de Ungrateful Hyenas Editions, es similar a este texto en el sentido de que analiza aplicaciones patológicas de la cultura de seguridad, aunque desde otra perspectiva.

El poder puede infiltrarse en cada aspecto de cómo nos organizamos, echar raíces y generar jerarquías. La cultura de seguridad es uno de esos casos y, ya sea por accidente o por mala intención, podemos crear nuevas jerarquías y agravar las que ya existen. Este fanzine reflexiona sobre las formas en que la cultura de seguridad puede derivar en patrones organizativos dañinos y estructuras dentro de nuestros colectivos y movimientos, y propone algunos métodos posibles para abordarlo.



**Scrappy
Capy
Distro**

scrappycapydistro.info · scrappy-capy-distro@riseup.net